



La Pandemia del Coronavirus llama a una Alianza entre la Ciencia y el Humanismo

Camus y el coronavirus

Un crucifijo bañado por las lágrimas del cielo

25 años de la Encíclica de san Juan Pablo II

El budismo es ateo

El Papa Francisco oró por la salud del mundo e impartió la bendición con el Santísimo, Urbi et Orbi



Ing. José Antonio Herrera J.
Rector

L.A.E. Raúl Martínez R.
Rector de Expansión

L.C.C. Susana García Ramírez
Secretaria Académica

C.P. María Inés Pérez A.
Secretaria Administrativa



José de Jesús Castellanos López
Director

L.D.G. Raúl A. Elizondo Benítez
Diseño y formación

MCES. Ma. Pilar Castro Fragoso
Supervisión

UVAQ
Campus Santa María
Av. Juan Pablo II, No. 555
Col. Santa María de Guido
C.P. 58090
Morelia, Michocán, México.

Los artículos publicados no
necesariamente expresan la filosofía
y pensamiento de la Universidad;
son responsabilidad
de los autores.

Abril de 2020
www.uvaq.edu.mx

Editorial

La Pandemia nos da la Oportunidad de Reconstruir el Mundo

Por primera vez en la historia, la humanidad se enfrenta ante una verdadera pandemia. El Covid-19 ha rebasado todas las previsiones, las fronteras y las capacidades humanas, científicas, médicas, de equipamiento y de generosidad y sacrificio de quienes aun a costa de sus vidas han servido a sus semejantes. El mundo se ha paralizado y con ese solo hecho se ha puesto en entredicho el frenesí cotidiano que ha envuelto a la humanidad en una carrera que en ocasiones parece conducir a un precipicio. Al mismo tiempo, se han puesto a prueba las capacidades y virtudes de los gobernantes, de los empresarios, las instituciones sociales y las personas, para poder aportar, cada cual, según sus responsabilidades y capacidades.

Todos hemos sido corresponsables de la propagación y contención de la enfermedad. Unos con su irresponsabilidad, otros con sus acciones activas y pasivas, no sólo en beneficio propio, sino en función del bien común. Nunca, quizá, ha sido tan claro que el bien común es responsabilidad de los gobernantes.

También hemos podido observar la reacción de quienes influidos por el individualismo liberal, dan prioridad a las cosas, a lo económico,

sobre las personas, con cálculos cuantitativos y menospreciando a quienes, “inevitablemente”, habrían de morir, con tal de mantener en movimiento un aparato económico que, a fin de cuentas, beneficia más a un grupo mucho más pequeño que los condenados a morir desde esa perspectiva.

La interrelación entre las personas, los grupos y las naciones, ha quedado en evidencia, desmintiendo de tajo la visión del individualismo libertario configurado en torno al egoísmo de la propia satisfacción. Al mismo tiempo, se ha mostrado la forma como los sistemas totalitarios someten y controlan a las personas, violando su dignidad y haciendo prevalecer sus intereses ideológicos por sobre ellas.

Son muchas las voces que afirman que nada será igual después de esta crisis. Es verdad, pero los cambios no se darán por sí mismos, ni serán automáticos. Lo que venga después dependerá de lo que hayamos aprendido y la visión con que se enfoque. Ésta es la gran oportunidad para que prevalezca el humanismo cristiano, que se funda, en primer lugar, en la visión trascendente de la vida, cuyo destino es Dios. En segundo lugar, de la aceptación real y verdadera de la hermandad de los humanos, como criaturas e hijos de Dios.

Ésta es, pues, la hora de dar respuesta a la crisis, más allá de la ciencia, la medicina o la técnica, sino retomando los valores humanos de la Doctrina Social de la Iglesia, para darles aplicación aquí y ahora, como una utopía realizable, aunque imperfecta, así como lo hizo Vasco de Quiroga en su momento frente a una crisis humanitaria que reclamó nuevas y urgentes respuestas. Los principios y criterios existen, llevan años confeccionándose y mostrándose a los pueblos, pero han sido desoídos y hemos sido omisos en darles aplicación concreta. Es hora de pasar de los buenos deseos y sentimientos a la acción.

Qué mejor momento que éste, en el que se han exhibido, por una parte, las deficiencias o insuficiencias de la ciencia, la técnica, las estructuras, los sistemas y las ideologías, para volver al realismo, la verdad y la humildad, para reconstruir nuestro mundo sobre bases de justicia, ética y solidaridad. Que no sea necesaria una nueva crisis que nos recuerde y reproche lo que no supimos hacer cuando hubo oportunidad.

José de Jesús Castellanos López
Editor



foto: pexels.com

Retrato hablado

Es la manera como se definió la actuación del gobierno español ante la incontrolada crisis por la pandemia y que desgracia que hoy estén contando en cientos las personas que pierden la vida porque aplicaron la sana distancia cuando ya estaban contagiados. Los recursos de asistencia sanitaria llegaron tarde y la capacidad de atención disminuida por la falta de equipos de protección para el personal de salud.

Vivieron cuatro semanas de confusión y contradicciones una sociedad que preocupada por la información internacional y desinformada por un gobierno displicente e irresponsable que minimizó las advertencias de la OMS (organización mundial de la salud). De pronto, un fin de semana, cambiaron radicalmente el mensaje, endurecieron los canales para decirles a los españoles que deberían permanecer en sus casas. No tomaron las lecciones de Italia... hoy el estado de alerta en España es una segunda oportunidad al gobierno para actuar con responsabilidad y evitar miles personas que

no encuentran equipos para atenderlos y están en riesgo de morir, especialmente personas adultos mayores.

Hasta en eso se está repitiendo la historia de nuestro país... que lamentable describirlo así. No deseo que sea un retrato hablado... todo empieza a parecer tan similar.

Mientras jefes de estado de muchas naciones toman la dirección, el mando, la estrategia y ponen ejemplos de cómo debe hacerse frente a la pandemia, otros, por fortuna los menos, como el presidente mexicano, siguen mofándose de las medidas sanitarias, contradiciendo las reglas elementales de prevención ante la crisis, indispensables para salvar sus vidas.

Quédense en casa y pidamos a Dios nos de fuerza para superar esta crisis es la recomendación del presidente de El Salvador, acompañado de una cantidad de medidas para paliar la parte del daño económico para su país.

Los españoles han asumido la nueva oportunidad que le dan al presidente español por quince días en un estado de alerta pero han definido tres tipos de crisis como país: LA CRISIS DE SALUD. Que sigue costando cientos de vidas por día tanto de adultos mayores, personal de salud y otros segmentos de la población. Para lo cual le refrendan pleno apoyo todas las fuerzas de oposición. LA CRISIS ECONÓMICA. Desde luego que está fracturada la economía del país y sin ver claro las alternativas para re direccionar su economía, donde la participación de la sociedad es determinante y están contando con la actuación organizada de cámaras y sociedades económicas, empresas y universidades. LA CRISIS POLÍTICA. La coalición de partidos de izquierda desde el PSOE hasta los radicales terroristas está en crisis por no asumir con responsabilidad la lucha contra un virus pernicioso. Locos de poder subestimaron a la misma sociedad.

La dividieron y la confrontaron. Actuaron como un gobierno sectario y apostaron ir reflexiblemente a la confrontación.

Nada de lo que está sucediendo en nuestro país escapa a estas tres dimensiones de crisis. Ayer la voz de alarma la dio el propio subsecretario de salud. Cambió de tono su voz, esta es la última oportunidad; dijo.

Si se está estudiando en tiempo real el comportamiento del virus en todo el mundo, la sociedad mexicana tomando decisiones por adelantado a las decisiones del gobierno y los actores del gobierno, empezando por el presidente, actuando en sentido contrario y confundiendo a la sociedad... ¿para quién fue el grito de alerta ?

Es una crisis con tres dimensiones. Está costando miles de vidas.

¿Hace falta un retrato hablado? 



Camus y el coronavirus

Giuseppe Frangi

Estos días de coronavirus también saltan automatismos inteligentes: la lista de ventas de Amazon, por ejemplo, muestra que un gran libro como *La Peste* de Albert Camus ha entrado en la lista de los libros más vendidos. Ojalá la gente lo lea. *La Peste* es un gran libro que Camus escribe entre 1941 y 1946, mientras atraviesa la oscura experiencia de una Francia asediada por las tropas hitlerianas. Es un libro en el que, salvando las distancias, se pueden encontrar muchas coincidencias con la situación que vivimos estos días: ciudades paralizadas, contagio incontrolable, improvisación en la organización de la asistencia, la circulación de informaciones sin control, la búsqueda afanosa del antídoto capaz de detener la epidemia.

El virus, en el libro de Camus, tiene la forma de ratas que infestan de manera inexorable la ciudad en la que tiene lugar la historia, Orán. Pero lo que hace interesante y hasta necesaria la lectura de *La Peste* es la razón de ser de este libro: Camus no lo escribe porque le interese documentar una pesadilla sino, al contrario, porque le interesa testimoniar la posibilidad de un antídoto.

Si *La Peste* es sustancialmente una metáfora que fotografía la caída moral de un pueblo y de una comunidad humana, la respuesta de Camus es una respuesta radicalmente anti-nihilista.

No se confía a las ideologías, proclamas, heroísmos, ni siquiera a los santos, dada su matriz laica. Se confía a la mirada del narrador, el doctor Bernard Rieux, que con pragmatismo y absoluta dedicación afronta esta batalla que para él es profesional y humana a la vez. Rieux atraviesa el túnel de la peste remangándose, sin retirarse jamás, movido

por la conciencia de su tarea pero también deseos de buscar un porqué. El porqué, escribe Camus, de “la lucha sorda entre la felicidad de cada hombre y la abstracción de la peste”.

La peste es por tanto una “abstracción”, es decir, una negación de lo humano. Ese es el enemigo contra el que combate el doctor Rieux sin maximalismos. “No tengo afición al heroísmo ni a la santidad”, dice de sí. “Lo que me interesa es ser hombre”. Reconoce que para él la peste es profesionalmente una “interminable derrota”. Pero eso no le exime de que “el más humilde cura de aldea que administra a sus parroquianos y que ha oído la respiración de un moribundo pensara como yo: se dedicara a socorrer la miseria antes que a demostrar sus excelencias”.

Camus es un escritor obstinadamente humano (“algo que se aprende en medio de las plagas: que hay algo en los hombres más digno de admiración que de desprecio”, escribe) y ofrece así algo verdaderamente único en el panorama de la cultura europea del siglo XX.

El equipo que colabora en el libro con Rieux se mueve en el escenario de la peste obstinado en no darse por vencido frente a ese enemigo “abstracto” que pretende limitar la posibilidad de felicidad de los hombres. Poco a poco, a lo largo del libro, se abre paso tímidamente en Rieux la luz de una conciencia reveladora. Rieux pensaba que “un mundo sin amor es un mundo muerto, y que al fin llega un momento en que se cansa uno de la prisión, del trabajo y del valor, y no exige más que el rostro de un ser y el hechizo de la ternura en el corazón”.

Las páginas finales del libro, con fuegos artificiales que iluminan el cielo nocturno

de Orán y llenan de alegría a la gente que celebra el fin de la peste, son la representación de un deseo que hay en el corazón de todo hombre, empezando evi-

dentemente por el nuestro, hombres bajo la presión del Covid-19. Pero se puede confiar en la felicidad, avisa con realismo y amor Camus por boca de su doctor, si no perdemos la conciencia de que “esta crónica no puede ser el relato de la victoria definitiva”. 



El Papa Francisco oró por la salud del mundo e impartió la bendición con el Santísimo, Urbi et Orbi



foto: reuters

En el ocaso del viernes 27 de marzo y cuando la sombra de la pandemia del Covi-19 se extendía por el mundo sembrando temor e incertidumbre, el Papa Francisco descendió al Plaza de la Basílica de San Pedro, donde la Columnata de Bernini abrazaba la soledad del espacio, para elevar una oración por el mundo, implorando a Dios por el alivio de la enfermedad. Hasta ahí fueron llevadas expresamente, la imagen de la Virgen María venerada como “Salus Populi Romani” y el crucifijo de San Marcelo, que fuera llevado en procesión durante la peste que azotó a Roma y al que se atribuye la contención del mal.

En el lugar donde en ocasiones el Santo Padre celebra la Santa Misa, sólo se encontraba una silla para él, aunque la mayor parte del tiempo estuvo de pie. Se leyó el pasaje del Evangelio donde se relata la escena en que Cristo con sus discípulos cruzan el Mar de Galilea en medio de una tormenta y él duerme. Temerosos de naufragar, los apóstoles despiertan al

Señor porque lo sienten indiferente al posible desastre y él les reprocha su poca fe, para luego ordenar al mar que retorne a la calma. Ésa fue la escena sobre la cual el Papa Francisco elaboró la homilía que aquí reproducimos íntegra:

“Al atardecer” (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos

llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?” (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: “Maestro, ¿no te importa que perezcamos?” (v. 38). No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da

fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiarse con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

“¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”. Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”.

“¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”. Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, “volved a mí de todo corazón” (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo

que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes – corrientemente olvidadas – que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: “Que todos sean uno” (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

“¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”. El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual

que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados.

Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que

nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

“¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”. Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es

débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: “No tengáis miedo” (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. 1 P 5,7).

Después de la homilía, el Papa se trasladó al frente de la Basílica donde se colocó al Santísimo Sacramento y oró frente a él algunos momentos para, finalmente, impartir con él la bendición Urbi et Orbi, para la Ciudad y el Mundo, y con la cual fue posible que los fieles que presenciaban la solemne ceremonia por televisión o internet, obtuvieran la indulgencia plenaria en cualquier lugar del mundo donde se encontraran. [X](#)





Un crucifijo bañado por las lágrimas del cielo

Andrea Tornielli

El protagonista de la oración que la noche del viernes 27 de marzo –un anticipo del Viernes Santo– celebró el papa Francisco en una plaza de San Pedro vacía y sumergida en un silencio irreal, fue él. El crucifijo, con la lluvia regando su cuerpo, como añadiendo a la sangre pintada en la madera esa agua que el Evangelio nos cuenta que manó de la herida causada por la lanza.

Ese Cristo crucificado que sobrevivió a las llamas, que los romanos sacaban en procesión contra la peste, ese Cristo crucificado que san Juan Pablo II abrazó durante la liturgia penitencial del Jubileo del año 2000, fue el protagonista silencioso e inerte en el centro de un espacio vacío. Hasta María, *Salus populi Romani*, encapsulada de tal manera que la lluvia oscureció su imagen, parecía querer ceder el paso, casi desaparecer humildemente, frente a Él, elevado a la cruz para la salvación del mundo.

El Papa parecía minúsculo, curvado, cansado

y en soledad mientras subía los escalones del atrio, haciendo suyos los dolores del mundo para ofrecerlos a los pies de la cruz. “Maestro, ¿no te importa que perezcamos?”. La angustiada crisis que estamos viviendo con la pandemia “desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades” y “ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: despierta, Señor”.

La sirena de una ambulancia, una de las muchas que en estas horas atraviesan nuestros barrios para socorrer a nuevos contagiados, acompañó a las campanas en el momento de la bendición eucarística *Urbi et Orbi*, cuando el Papa, solo, volvió a asomarse a una plaza desierta y fustigada por la lluvia para hacer la señal de la cruz con la custodia. El protagonista volvía a ser Él, ese Jesús que al inmolarse quiso hacerse alimento para nosotros y hoy vuelve a repetirnos: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?... No tengáis miedo”. ☒

Vatican News

La Pandemia del Coronavirus llama a una Alianza entre la Ciencia y el Humanismo

La Pandemia del Coronavirus ha roto con todos los esquemas del mundo moderno. La rapidez de su contagio, los costos en vida, la impotencia de la medicina para enfrentar y atender a los contagiados, la medicina de la prevención corresponsable y la extensión del mal, invitan a la reflexión sobre las causas, los alcances de la ciencia, la fragilidad humana y las relaciones interpersonales y entre las sociedades y naciones. Al mismo tiempo, la atención de los enfermos reclama decisiones éticas profundas para que las acciones sean tomadas en justicia y no de manera pragmática y utilitarista.

En este contexto, la Pontificia Academia de la vida dio a conocer una nota sobre la emergencia del Covid-19, titulada PANDEMIA Y FRATERNIDAD UNIVERSAL, que consideramos oportuno reproducir íntegramente a continuación:

PANDEMIA Y FRATERNIDAD UNIVERSAL

Toda la humanidad está siendo puesta a prueba. La pandemia de Covid-19 nos pone en una situación de dificultad sin precedentes, dramática y de alcance mundial: su repercusión en la desestabilización de nuestro proyecto de vida crece cada día más. La omnipresencia de la amenaza pone en duda las evidencias que, hasta ahora, en nuestros sistemas de vida, resultaban evidentes.

Estamos experimentando dolorosamente una paradoja que nunca hubiéramos imaginado: para sobrevivir a la enfermedad debemos aislarnos unos de otros, pero si aprendiéramos a vivir aislados unos de otros nos daríamos cuenta de lo esencial que es para nuestras vidas vivir con los demás.

En medio de nuestra euforia tecnológica y gerencial, nos encontramos social y técnicamente impreparados ante la propagación del contagio: hemos tenido dificultades en reconocer y admitir su impacto. E incluso ahora, estamos luchando fatigosamente para detener su propagación. Pero también observamos una falta de preparación -por no decir resistencia- en el reconocimiento de nuestra vulnerabilidad física, cultural y política ante el fenómeno, si consideramos la desestabilización existencial que está causando. Esta desestabilización está fuera del alcance de la ciencia y de la técnica del sistema terapéutico. Sería injusto -y erróneo- cargar a los científicos y técnicos con esta responsabilidad. Al mismo tiempo, es ciertamente indiscutible que, además de buscar medicamentos y vacunas, es igualmente urgente adquirir una mayor profundidad de visión, así como

una mayor responsabilidad en la contribución reflexiva al significado y los valores del humanismo. Eso no es todo. El ejercicio de esta profundidad y de esta responsabilidad crea un contexto simbólico de cohesión y unidad, de alianza y fraternidad, en razón de nuestra humanidad compartida, que, lejos de menospreciar la contribución de los hombres y mujeres de la ciencia y del gobierno, sostiene y sosiega en gran medida su tarea. Su dedicación, que ya merece la justificada y conmovedora gratitud de todos, debe ciertamente ser fortalecida y valorada.

En esta línea, la Pontificia Academia para la Vida, que por su mandato institucional promueve y apoya la alianza entre la ciencia y la ética en la búsqueda del mejor humanismo posible, desea contribuir con su propio aporte reflexivo. Por lo tanto, la Academia se propone situar algunos de los elementos distintivos de esta situación dentro de un espíritu renovado que debe nutrir la socialidad y el cuidado de la persona. Finalmente, la coyuntura excepcional que hoy en día desafía a la fraternidad de la humana *communitas* debe transformarse en una oportunidad para que este espíritu de humanismo modele la cultura institucional en el tiempo ordinario: en el seno de los pueblos individuales, en la coralidad de los vínculos entre los pueblos.

Solidarios en la vulnerabilidad y en los límites

En primer lugar, la pandemia pone de relieve con una dureza inesperada la precariedad que marca radicalmente nuestra condición humana. En algunas regiones del mundo, la precariedad de la existencia individual y colectiva es una experiencia cotidiana, debido a la pobreza que no permite que todos tengan acceso a la atención médica, aunque esté disponible, o a los alimentos en cantidades suficientes, que no faltan en todo el mundo. En otras partes del mundo, las zonas de precariedad se han ido reduciendo progresivamente gracias a los avances de la ciencia y la tecnología, hasta el punto de hacernos ilusiones de que somos invulnerables o de que podemos encontrar una solución técnica para todo. Sin embargo, por mucho esfuerzo que hagamos, no ha sido posible controlar la actual pandemia ni siquiera en las sociedades más desarrolladas económica y tecnológicamente, donde ha superado la capacidad de los laboratorios y estructuras sanitarias. Nuestras optimistas proyecciones del poder científico y tecnológico a nuestra disposición nos han permitido quizás imaginar que seríamos capaces de prevenir la propagación de una epidemia mundial de esta magnitud, convirtiéndola en una posibilidad cada vez más remota. Debemos reconocer que no es así. Y hoy en día la situación también nos lleva a pensar que, junto con los extraordinarios recursos de protección y cuidado que nuestro progreso acumula, también hay efectos secundarios de la fragilidad del sistema que no hemos vigilado lo suficiente.

En cualquier caso, esta traumática situación nos parece dejar claro que no somos dueños de nuestro propio destino. Y hasta la ciencia muestra sus propios límites. Ya lo sabíamos: sus resultados son siempre parciales, ya sea porque se concentra -por conveniencia o por razones intrínsecas- en ciertos aspectos de la realidad dejando fuera otros, o por el propio estado de sus teorías, que son, en todo caso, provisionales y revisables. Pero en la incertidumbre que estamos experimentando frente al covid-19 hemos captado, con una nueva claridad, la gradualidad y la complejidad que requiere el conocimiento científico, con sus exigencias de metodología y verificación. La precariedad y los límites de nuestro conocimiento también parecen globales, reales, comunes: no existen argumentos reales para apoyar la presunción de civilizaciones y soberanías que se consideran mejores y que pueden escapar de la retroalimentación. Resulta palpable lo estrechamente conectados que estamos todos: de hecho, en nuestra exposición a la vulnerabilidad somos más interdependientes que en nuestro aparato de eficiencia. El contagio se extiende muy rápidamente de un país a otro; lo que le sucede a alguien se convierte en algo decisivo para todos. Esta coyuntura hace que lo que sabíamos sea aún más evidente de inmediato, sin hacernos responsables de ello adecuadamente: para bien o para mal, las consecuencias de nuestras acciones siempre recaen sobre los demás. Nunca hay actos individuales que no tengan consecuencias sociales: esto se aplica a los individuos, lo mismo que a las comunidades, sociedades, poblaciones individuales. El comportamiento temerario o imprudente, que aparentemente sólo nos concierne a nosotros, se convierte en una amenaza para todos aquellos que están expuestos al riesgo del contagio, sin que ello afecte quizás ni siquiera a los sujetos de dicho comportamiento. Así pues, descubrimos que la incolumidad de cada individuo depende de la de todos.

El brote de epidemias es ciertamente una constante en la historia de la humanidad. Pero no podemos eludir las características de la amenaza actual, que ha demostrado extender su omnipresencia en nuestra forma de vida actual y saber esquivar toda protección. Debemos tomar nota de los efectos de nuestro modelo de desarrollo, con la explotación de zonas forestales hasta ahora intactas donde residen microorganismos desconocidos para el sistema inmunológico humano, con una rápida y extensa red de conexiones y transporte a largo radio. Es probable que encontremos una solución para aquello que nos está atacando ahora. Sin embargo, tendremos que hacerlo sabiendo que este tipo de amenaza está acumulando su potencial sistémico a largo plazo. En segundo lugar, tendremos que abordar el problema con los mejores recursos científicos y organizativos que dispongamos: evitar el énfasis ideológico en el modelo de sociedad que hace coincidir la salvación y la salud. Sin tener que ser consideradas como una derrota de la ciencia y la técnica - que sin duda siempre tendrán que entusiasmarlos con su progreso, pero al mismo tiempo nos obligan también a convivir humildemente con sus limitaciones



- la enfermedad y la muerte son una profunda herida para nuestros más queridos y profundos afectos: que no deben, sin embargo, imponernos el abandono de su justicia y la ruptura de sus lazos. Ni siquiera cuando tenemos que aceptar nuestra impotencia para dar cumplimiento al amor que llevan en sí mismos. Si nuestra vida es siempre mortal, esperamos que el misterio de amor sobre el que ésta reside no lo sea.

De la interconexión de facto a la solidaridad deseada

Ahora, más que nunca, en esta terrible coyuntura, estamos llamados a tomar conciencia de esta reciprocidad sobre la que reposan nuestras vidas. Darse cuenta de que cada vida es una vida común, es la vida de unos y otros, de unos y otros. Los recursos de una comunidad, que se niega a considerar la vida humana como un único hecho biológico, son un bien precioso, que también acompaña responsablemente todas las actividades necesarias de cuidado. Tal vez hemos erosionado descuidadamente este patrimonio, cuya riqueza marca la diferencia en momentos como este, subestimando gravemente los bienes relacionales que dicho patrimonio es capaz de compartir y distribuir en momentos en que los lazos emocionales y el espíritu comunitario se ponen a prueba, precisamente por las necesidades básicas para proteger la vida biológica.

Dos formas de pensar bastante burdas, que se han convertido en sentido común y puntos de referencia en lo que respecta a la libertad y los derechos, están siendo cuestionadas. La primera es “Mi libertad termina donde comienza la del otro”. La fórmula, ya peligrosamente ambigua en sí misma, es inadecuada para la comprensión de la experiencia real y no es casualidad que sea afirmada por quienes están en posición de fuerza: nuestras libertades siempre se entrelazan y se superponen, para bien o para mal. Es necesario, más bien, aprender a hacerlas cooperar, en vista del bien común y superar las tendencias, que incluso la epidemia puede alimentar, de ver en el otro una amenaza “infecciosa” de la que distanciarse y un enemigo del que protegerse. La segunda: “Mi vida depende única y exclusivamente de mí”. Esto no es así. Somos parte de la humanidad y la humanidad es parte de nosotros: debemos aceptar estas dependencias y apreciar la responsabilidad que nos hace participantes y protagonistas. No hay derecho alguno que no tenga como implicación un deber correspondiente: la coexistencia de lo libre e igual es un tema exquisitamente ético, no técnico.

Por lo tanto, estamos llamados a reconocer, con nueva y profunda emoción, que estamos encomendados el uno al otro. Nunca antes la relación de los cuidados se había presentado como el paradigma fundamental de nuestra convivencia humana. La mutación de la interdependencia de facto a la solidaridad deseada no es una transformación automática. Pero ya tenemos varios signos de este cambio hacia las acciones responsables y el comportamiento fraternal. Lo vemos con especial claridad en la dedicación



de los trabajadores de la sanidad, que ponen generosamente todas sus energías en acción, a veces incluso a riesgo de su propia salud o vida, para aliviar el sufrimiento de los enfermos. Su profesionalidad se despliega mucho más allá de la lógica de los vínculos contractuales, lo que demuestra que el trabajo es ante todo una esfera de expresión de significados y valores, y no sólo una “mercancía” que se intercambia por una remuneración. Pero esto también se aplica a los investigadores y científicos que ponen sus habilidades al servicio de las personas. La determinación de compartir los puntos fuertes y la información ha permitido establecer rápidas colaboraciones entre las redes de centros de investigación para los protocolos experimentales que determinan la seguridad y la eficacia de los fármacos.

Junto a ellos no hay que olvidar a todas esas mujeres y hombres que cada día eligen positiva y valientemente proteger y alimentar esta fraternidad. Son las madres y los padres de familia, los ancianos y los jóvenes; son las personas que, incluso en situaciones objetivamente difíciles, siguen haciendo su trabajo con honestidad y conciencia; son los miles de voluntarios que no han cesado su servicio; son los responsables de las comunidades religiosas que siguen sirviendo a las personas que les han sido confiadas, incluso a costa de sus vidas, como han puesto de relieve las historias de muchos sacerdotes italianos que han fallecido por Covid-19.

En el plano político, la situación actual nos insta a tener una mirada lo suficientemente amplia.

En las relaciones internacionales (y también entre los países de la Unión Europea) hay una lógica miope e ilusoria que trata de dar respuestas en

foto: clacso.org





foto: pexels.com

términos de “intereses nacionales”. Sin una colaboración efectiva y una coordinación eficaz, que asuma decisiones aun a sabiendas de inevitables resistencias políticas, comerciales, ideológicas y relacionales, los virus no se detendrán. Ciertamente, se trata de decisiones muy serias y onerosas: se necesita una visión abierta y elecciones que no siempre van de acuerdo con los sentimientos inmediatos de las poblaciones individuales. Pero dentro de una dinámica tan marcadamente global, las respuestas para ser eficaces no pueden quedar limitadas a sus propios confines territoriales.

Ciencia, Medicina y Política: el vínculo social puesto a prueba

Las decisiones políticas tendrán ciertamente que tener en cuenta los datos científicos, pero no pueden reducirse a este nivel. Permitir que los fenómenos humanos se interpreten sólo sobre la base de categorías de ciencia empírica sólo produciría respuestas a nivel técnico. Terminaríamos con una lógica que considera los procesos biológicos como determinantes de las opciones políticas, según el peligroso proceso que la biopolítica nos ha enseñado a conocer. Esta lógica tampoco respeta las diferencias entre las culturas, que interpretan la salud, la enfermedad, la muerte y los sistemas de asistencia atribuyendo significados que en su diversidad pueden constituir una riqueza no homologable según una única clave interpretativa tecnocientífica.

Lo que necesitamos en cambio es una alianza entre la ciencia y el humanismo, que deben ser integrados y no separados o, peor aún, contrapuestos. Una emergencia como la de Covid-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad. Los medios técnicos y clínicos de contención deben integrarse en una vasta y profunda investigación para el bien común, que deberá contrarrestar la tendencia a la selección de ventajas

para los privilegiados y la separación de los vulnerables en función de la ciudadanía, los ingresos, la política y la edad.

Esto también se aplica a todas las opciones de “política de los cuidados”, incluidas las que están más estrechamente relacionadas con la práctica clínica. Las condiciones de emergencia en las que se encuentran muchos países pueden llegar a obligar a los médicos a tomar decisiones dramáticas lacerantes para racionar los recursos limitados, que no están disponibles para todos al mismo tiempo. En ese momento, tras haber hecho todo lo posible a nivel organizativo para evitar el racionamiento, debe tenerse siempre presente que la decisión no se puede basar en una diferencia en el valor de la vida humana y la dignidad de cada persona, que siempre son iguales y valiosísimas. La decisión se refiere más bien a la utilización de los tratamientos de la mejor manera posible en función de las necesidades del paciente, es decir, de la gravedad de su enfermedad y de su necesidad de tratamiento, y a la evaluación de los beneficios clínicos que el tratamiento puede lograr, en términos de pronóstico. La edad no puede ser considerada como el único y automático criterio de elección, ya que si fuera así se podría caer en un comportamiento discriminatorio hacia los ancianos y los más frágiles. Además, es necesario formular criterios que sean, en la medida de lo posible, compartidos y argumentados, para evitar la arbitrariedad o la improvisación en situaciones de emergencia, como nos ha enseñado la medicina de catástrofes. Por supuesto, hay que reiterarlo: el racionamiento debe ser la última opción. La búsqueda de tratamientos lo más equivalentes posibles, el intercambio de recursos, el traslado de pacientes son alternativas que deben ser consideradas cuidadosamente, en la lógica de la justicia. La creatividad también ha sugerido soluciones en condiciones adversas que han permitido satisfacer las necesidades, como el uso del mismo respirador para varios pacientes. En cualquier caso, nunca debemos abandonar al enfermo, incluso cuando no hay más tratamientos disponibles: los cuidados paliativos, el tratamiento del dolor y el acompañamiento son una necesidad que nunca hay que descuidar.

También a nivel de sanidad pública, la experiencia que estamos atravesando nos plantea una seria revisión, aunque sólo pueda llevarse a cabo en el futuro, en tiempos menos agitados. Esta



revisión se refiere al equilibrio entre los enfoques preventivos y terapéuticos, entre la medicina individual y la dimensión colectiva (dada la estrecha correlación entre la salud y los derechos personales y la salud pública). Son cuestiones que subyacen a una pregunta más profunda, relativa a los objetivos que la medicina puede fijarse, considerando conjuntamente el significado de la salud dentro de la vida social con todas las dimensiones que la caracterizan, como la educación y el cuidado del medio ambiente. Se vislumbra la fecundidad de una perspectiva global de la bioética, que, teniendo en cuenta la multiplicidad de las dimensiones en juego y el alcance mundial de los problemas supere una visión individualista y reductora de las cuestiones relativas a la vida humana, la salud y los cuidados.

El riesgo de una epidemia mundial requiere, en la lógica de la responsabilidad, la construcción de una coordinación mundial de los sistemas de salud. Debemos ser conscientes de que el nivel de contención viene determinado por el eslabón más débil, en lo que respecta a la prontitud del diagnóstico, a la rápida respuesta con medidas de contención proporcionadas, a estructuras adecuadas y a un sistema de registro e intercambio de información y datos. También es necesario que la autoridad que puede considerar las emergencias con una visión de conjunto, tomar decisiones y orquestrar la comunicación, se tome como referencia para evitar la desorientación generada por la tormenta de comunicaciones que se desata (infodemia), con la incertidumbre de los datos y la fragmentación de las noticias.

La obligación de proteger a los débiles: la fe evangélica a prueba

En este panorama, se debe prestar especial atención a los que son más frágiles, pensamos sobre todo a los ancianos y discapacitados. En igualdad de condiciones, la letalidad de una epidemia varía según la situación de los países afectados -y dentro de cada país- en todo lo que se refiere a los recursos disponibles, a la calidad y organización del sistema sanitario, a las condiciones de vida de la población, a la capacidad de conocer y comprender las características del fenómeno y de interpretar la información. Habrá muchas más muertes allí donde no se garantice a las personas una simple atención sanitaria básica en su vida cotidiana.

También esta última consideración, sobre la mayor penalización a la que están sometidos los más frágiles, nos insta a prestar mucha

atención a la forma en que hablamos de la acción de Dios en esta situación histórica. No podemos interpretar los sufrimientos por los que pasa la humanidad en el crudo esquema que establece una correspondencia entre la “majestad herida” de lo divino y la “represalia sagrada” emprendida por Dios. Si consideramos entonces, que de esta manera serían los más débiles los más castigados, precisamente aquellos por los que Él se preocupa y con los que Se identifica (Mt 25,40-45), vemos cuan equivocada es esta perspectiva. Escuchar las Escrituras y el cumplimiento de la promesa de Jesús nos muestra que estar del lado de la vida, como Dios nos enseña, se concretiza en gestos de humanidad hacia el otro. Gestos que, como hemos visto, no faltan en el momento actual.

Cada forma de solicitud, cada expresión de benevolencia es una victoria del Resucitado. Es responsabilidad de los cristianos dar testimonio de Él. Siempre y para todos. En esta coyuntura, por ejemplo, no podemos olvidar las otras calamidades que golpean a los más frágiles como los refugiados e inmigrantes o aquellos pueblos que siguen siendo azotados por los conflictos, la guerra y el hambre.

La oración de intercesión

Allí donde la proximidad evangélica encuentra un límite físico o una oposición hostil, la intercesión – arraigada en el Crucificado - conserva su poder imparable y decisivo, incluso cuando el pueblo no parece estar a la altura de la bendición de Dios (Ex 32, 9-13). Este grito de intercesión del pueblo de los creyentes es el lugar donde podemos aceptar el trágico misterio de la muerte, cuyo temor marca hoy la historia de todos nosotros. En la Cruz de Cristo es posible pensar en la forma de la existencia humana como un gran pasaje: la cáscara de nuestra existencia es como una crisálida que espera la liberación de la mariposa. Toda la creación, dice San Pablo, vive “los dolores del parto”.

Es bajo esta luz que debemos entender el significado de la oración. Como intercesión por cada uno y por todos aquellos que se encuentran en el sufrimiento, que también Jesús llevó sobre sí mismo por nosotros, y como un momento en el que aprender de Él cómo vivir este sufrimiento en la entrega al Padre. Es este diálogo con Dios el que se convierte en una fuente para que podamos confiarnos también a los hombres. A partir de esto sacamos fuerza interior para ejercer toda nuestra responsabilidad

y estar disponibles para la conversión según la realidad que nos haga comprender lo que hace posible una convivencia más humana en nuestro mundo. Recordamos las palabras del obispo de Bérgamo, una de las ciudades más afectadas de Italia, Mons. Francesco Beschi: “Nuestras oraciones no son fórmulas mágicas. La fe en Dios no resuelve mágicamente nuestros problemas, sino que nos da una fuerza interior para ejercer ese compromiso que todos y cada uno, de diferentes maneras, estamos llamados a vivir, especialmente aquellos que están llamados a frenar y superar este mal”.

En cualquier caso, también aquellos que no compartan la profesión de esta fe pueden extraer del testimonio de esta fraternidad universal las huellas que conducen a la mejor parte de la condición humana. La humanidad que no abandona el campo en el que los seres humanos aman y luchan juntos, por amor a la vida como un bien estrictamente común, se gana la gratitud de todos y es un signo del amor de Dios presente entre nosotros. ☒

30 de marzo de 2020



25 años de la Encíclica de san Juan Pablo II

Al cumplirse 25 años de la Encíclica de san Juan Pablo II *Evangelium Vitae* ofrecemos una guía para su lectura con una serie de preguntas y respuestas sobre algunos de los puntos principales de su contenido (se indica, entre paréntesis, el número de párrafo correspondiente).

¿Cuál es la finalidad de esta encíclica?

«Si la Iglesia, al final del siglo pasado, no podía callar ante los abusos entonces existentes [referencia a la encíclica *Rerum novarum*, de León XIII, sobre la cuestión obrera], menos aún puede callar hoy, cuando a las injusticias sociales del pasado, tristemente no superadas todavía, se añaden en tantas partes del mundo injusticias y opresiones incluso más graves (...). La presente encíclica (...) quiere ser pues una confirmación precisa y firme del valor de la vida humana y de su carácter inviolable, y, al mismo tiempo, una acuciante llamada a todos y a cada uno en nombre de Dios» (5).

Opresión de los más débiles

¿Cuál es el aspecto más preocupante que ofrece en la actualidad la amenaza contra la vida?

«Presenta su aspecto más subversivo e inquietante en la tendencia, cada vez más frecuente, a interpretar estos delitos contra la vida como legítimas expresiones de la libertad individual, que deben reconocerse y ser protegidas como verdaderos y propios derechos (...). Justo en una época en la que se proclaman solemnemente los derechos inviolables de la persona y se afirma públicamente el valor de la vida, el derecho mismo a la vida queda prácticamente negado y conculcado, en particular en los momentos más emblemáticos de la existencia, como son el nacimiento y la muerte» (18).

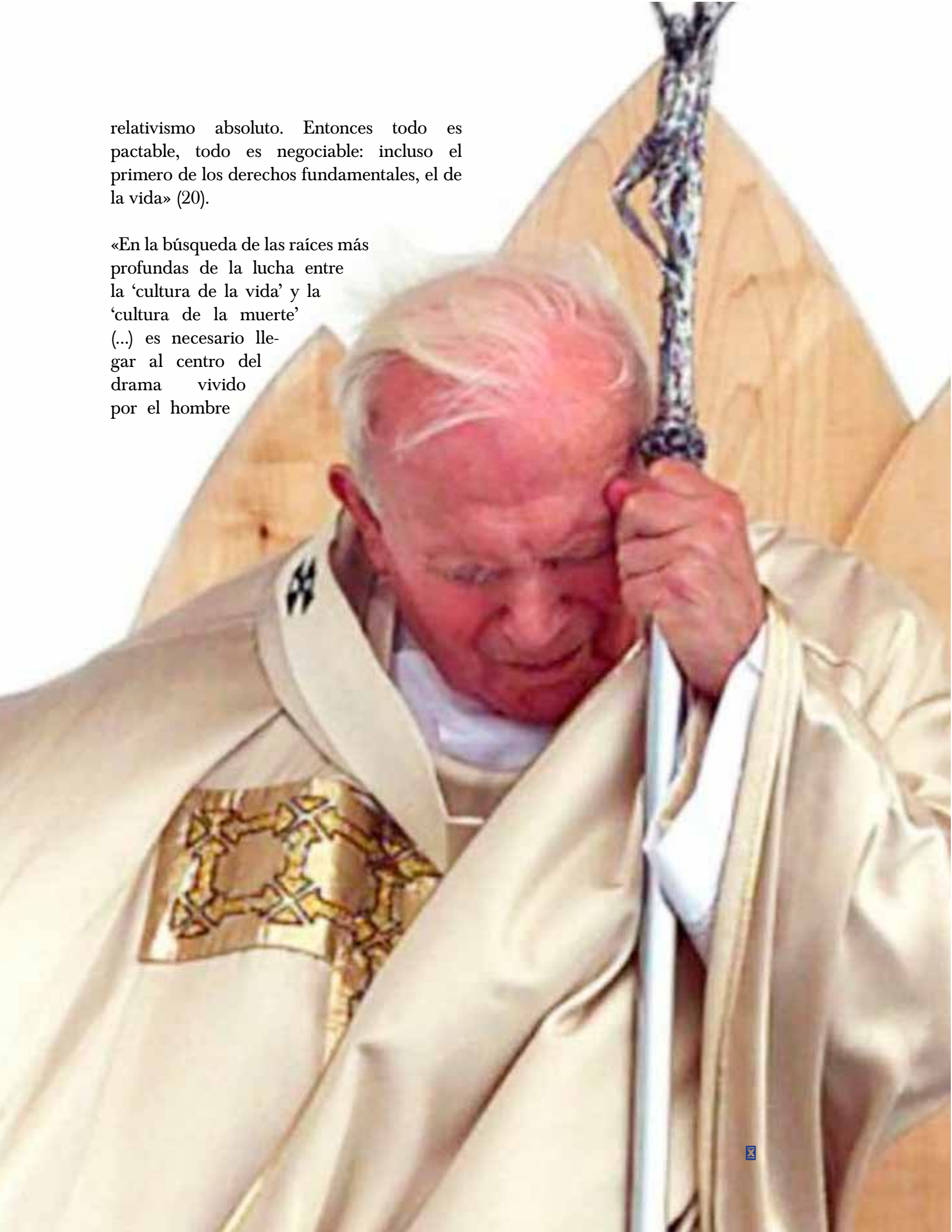
¿Dónde están las raíces de esa contradicción?

«El origen de la contradicción entre la solemne afirmación de los derechos humanos y su trágica negación en la práctica, está en un concepto de libertad que exalta de modo absoluto al individuo (...) [y] acaba por ser la libertad de los ‘más fuertes’ contra los débiles.» (19).

«Con esta concepción de la libertad, la convivencia social se deteriora profundamente. Si la promoción del propio yo se entiende en términos de autonomía absoluta, se llega inevitablemente a la negación del otro, considerado como enemigo de quien defenderse (...). Así, desaparece toda referencia a valores comunes y a una verdad absoluta para todos; la vida social se adentra en las arenas movedizas de un

relativismo absoluto. Entonces todo es pactable, todo es negociable: incluso el primero de los derechos fundamentales, el de la vida» (20).

«En la búsqueda de las raíces más profundas de la lucha entre la ‘cultura de la vida’ y la ‘cultura de la muerte’ (...) es necesario llegar al centro del drama vivido por el hombre



contemporáneo: el eclipse del sentido de Dios y del hombre (...); perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre» (21).

Ley civil y ley moral

¿Qué ocurre cuando esos criterios se plasman en leyes aprobadas democráticamente?

«El ‘derecho’ deja de ser tal porque no está ya fundamentado sólidamente en la inviolable dignidad de la persona, sino que queda sometido a la voluntad del más fuerte. De este modo, la democracia, a pesar de sus reglas, va por un camino de totalitarismo fundamental (...). En realidad estamos sólo ante una trágica apariencia de legalidad, donde el ideal democrático, que es verdaderamente tal cuando reconoce y tutela la dignidad de toda persona humana, es traicionado en sus mismas bases». (20)

«La democracia no puede mitificarse convirtiéndola en un sustitutivo de la moralidad o en una panacea de la inmoralidad. Fundamentalmente, es un ‘ordenamiento’ y, como tal, un instrumento y no un fin. Su carácter ‘moral’ no es automático, sino que (...) depende de la moralidad de los fines que persigue y de los medios de que se sirve (...). El valor de la democracia se mantiene o cae con los valores que encarna y promueve: fundamentales e imprescindibles son ciertamente la dignidad de cada persona humana, el respeto de sus derechos inviolables e inalienables, así como considerar el ‘bien común’ como fin y criterio regulador de la vida política» (70).

«Leyes de este tipo [que legitiman el aborto o la eutanasia] no sólo no crean ninguna obligación de conciencia, sino que, por el contrario, establecen una grave y precisa obligación de oponerse a ellas mediante la objeción de conciencia» (73).

¿Cómo debe comportarse un católico parlamentario en un país donde el aborto está reconocido por la ley?

«Cuando no sea posible evitar o abrogar completamente una ley abortista, un parlamentario, cuya absoluta oposición personal al aborto sea clara y notoria a todos, puede lícitamente ofrecer su apoyo a propuestas encaminadas a limitar los daños de esa ley y disminuir así los efectos negativos en el ámbito de la cultura y de la moralidad pública. En efecto, obrando de este modo no se presta una colaboración ilícita a una ley injusta: antes bien se realiza un intento legítimo y obligado de limitar sus aspectos inicuos» (73).

«Si las leyes no son el único instrumento para defender la vida humana, sin embargo desempeñan un papel muy importante y a veces determinante en la promoción de una mentalidad y de unas costumbres (...). No basta con eliminar las leyes inicuas. Hay que eliminar las causas que favorecen los atentados contra la vida, asegurando sobre todo el apoyo debido a la familia y a la maternidad: la política familiar debe ser eje y motor de todas las políticas sociales» (90).

Autoridad doctrinal

¿Qué fórmula, en concreto, utiliza el Pontífice en la encíclica para ratificar la doctrina sobre el respeto a la vida?

«Con la autoridad conferida por Cristo a Pedro y a sus Sucesores, en comunión con los Obispos de la Iglesia católica, confirmo que la eliminación directa y voluntaria de un ser humano inocente es siempre gravemente inmoral. Esta doctrina, fundamentada en aquella ley no escrita que cada hombre, a la luz de la razón, encuentra en su propio corazón, es corroborada por la Sagrada Escritura, transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal» (57). [Más adelante se añaden otras

dos declaraciones específicas: una referida al aborto y otra a la eutanasia].

Legítima defensa y pena de muerte

¿Y cuando el ser humano no es «inocente»?

«Sin duda alguna, el valor intrínseco de la vida y el deber de amarse a sí mismo no menos que a los demás son la base de un verdadero derecho a la propia defensa (...). Por desgracia, sucede que la necesidad de evitar que el agresor cause daño conlleva a veces su eliminación. En esta hipótesis el resultado mortal se ha de atribuir al agresor que se ha expuesto con su acción» (55).

¿Cabe considerar la pena de muerte como «legítima defensa» de la sociedad?

«La autoridad pública debe reparar la violación de los derechos personales y sociales mediante la imposición al reo de una adecuada expiación del crimen, como condición para ser admitido al ejercicio de la propia libertad. De este modo, la autoridad alcanza también el objetivo de preservar el orden público y la seguridad de las personas, no sin ofrecer al mismo reo un estímulo y una ayuda para corregirse y enmendarse.

«Es evidente que, precisamente para conseguir todas estas finalidades, la medida y la calidad de la pena deben ser valoradas y decididas atentamente, sin que se deba llegar a la medida extrema de la eliminación del reo salvo en casos de absoluta necesidad, es decir, cuando la defensa de la sociedad no sea posible de otro modo. Hoy, sin embargo, gracias a la organización cada vez más adecuada de la institución penal, estos casos son ya muy raros, por no decir prácticamente inexistentes» (56).

«Si se pone tan gran atención al respeto de toda vida, incluida la del reo y la del agresor injusto, el mandamiento ‘no matarás’ tiene un valor absoluto cuando se refiere a la persona inocente. Tanto más si se trata de un ser humano débil e indefenso» (57).

Aborto: una condena bimilenaria

¿No caben excepciones en la condena del aborto?

«Los textos de la Sagrada Escritura, que nunca hablan del aborto voluntario y, por tanto, no contienen condenas directas y específicas al respecto, presentan de tal modo





al ser humano en el seno materno, que exigen lógicamente que se extienda también a este caso el mandamiento divino ‘no matarás» (...).

«A lo largo de su historia bimilenaria, esta misma doctrina ha sido enseñada constantemente por los Padres de la Iglesia, por sus Pastores y Doctores. Incluso las discusiones de carácter científico y filosófico sobre el momento preciso de la infusión del alma espiritual, nunca han provocado la mínima duda sobre la condena moral del aborto» (61).

«Ante semejante unanimidad en la tradición doctrinal y disciplinar de la Iglesia, Pablo VI pudo declarar que esta enseñanza no había cambiado y que era inmutable. Por tanto, con la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus Sucesores, en comunión con todos los Obispos

-que en varias ocasiones han condenado el aborto y (...), aunque dispersos por el mundo, han concordado unánimemente sobre esta doctrina-, declaro que el aborto directo, es decir, querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave, en cuanto eliminación deliberada de un ser humano inocente. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario universal» (62).

Respeto al embrión humano

Sin embargo, la percepción de la gravedad del aborto se ha ido debilitando progresivamente en la conciencia de muchos.

«La aceptación del aborto en la mentalidad, en las costumbres y en la misma ley es señal

evidente de una peligrosísima crisis del sentido moral, que es cada vez más incapaz de distinguir entre el bien y el mal, incluso cuando está en juego el derecho fundamental a la vida. Ante una situación tan grave, se requiere más que nunca el valor de mirar de frente a la verdad y de llamar a las cosas por su nombre (...). Precisamente en el caso del aborto se percibe la difusión de una terminología ambigua, como la de 'interrupción del embarazo', que tiende a ocultar su verdadera naturaleza y a atenuar su gravedad en la opinión pública. Quizá este mismo fenómeno lingüístico sea síntoma de un malestar en las conciencias. Pero ninguna palabra puede cambiar la realidad de las cosas: el aborto procurado es la eliminación deliberada y directa, como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va de la concepción al nacimiento» (58).

¿El embrión es un ser humano?

«Desde el momento en que el óvulo es fecundado, se inaugura una nueva vida que no es la del padre ni la de la madre, sino la de un nuevo ser humano que se desarrolla por sí mismo. Jamás llegará a ser humano si no lo ha sido desde entonces. A esta evidencia de siempre, la genética moderna otorga una preciosa confirmación (...).

«Está en juego algo tan importante que, desde el punto de vista de la obligación moral, bastaría la sola probabilidad de encontrarse ante una persona para justificar la más rotunda prohibición de cualquier intervención destinada a eliminar un embrión humano (...). La Iglesia siempre ha enseñado, y sigue enseñando, que al fruto de la generación humana, desde el primer momento de su existencia, se ha de garantizar el respeto incondicional que moralmente se debe al ser humano en su totalidad y unidad corporal y espiritual: El ser humano debe ser respetado y tratado como persona desde el instante de su

concepción» (60).

La maternidad en situaciones difíciles

¿Y qué decir de la madre que se somete al aborto empujada por una situación difícil?

«Es cierto que en muchas ocasiones, la opción del aborto tiene para la madre un carácter dramático y doloroso, en cuanto que la decisión de deshacerse del fruto de la concepción no se toma por razones puramente egoístas o de conveniencia (...). A veces se temen para el que ha de nacer tales condiciones de existencia que hacen pensar que para él lo mejor sería no nacer. Sin embargo, estas y otras razones semejantes, aun siendo graves y dramáticas, jamás pueden justificar la eliminación deliberada de un ser humano inocente» (58).

«Estas circunstancias pueden atenuar incluso notablemente la responsabilidad subjetiva y la consiguiente culpabilidad de quienes hacen estas opciones en sí mismas moralmente malas» (18).

¿Qué dice el Papa a las mujeres que han abortado?

«La Iglesia sabe cuántos condicionamientos pueden haber influido en vuestra decisión, y no duda de que en muchos casos se ha tratado de una decisión dolorosa e incluso dramática. Probablemente, la herida aún no ha cicatrizado en vuestro interior. Es verdad que lo sucedido fue y sigue siendo profundamente injusto. Sin embargo, no os dejéis vencer por el desánimo y no abandonéis la esperanza. Antes bien, comprended lo ocurrido e interpretadlo en su verdad. Si aún no lo habéis hecho, abrid con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofreceros su perdón y su paz en el sacramento de la Reconciliación. Os daréis cuenta de que nada está perdido y podréis pedir perdón también a vuestro hijo que ahora vive en el Señor. Ayudadas por el consejo y la cercanía



de personas amigas y competentes, podréis estar con vuestro doloroso testimonio entre los defensores más elocuentes del derecho de todos a la vida» (99).

Experimentos con embriones humanos ¿Cómo valorar los experimentos sobre embriones humanos, realizados a veces para hacer progresar la medicina?

«La valoración moral del aborto se debe aplicar también a las recientes formas de intervención sobre los embriones humanos que, aun buscando fines en sí mismo legítimos, comportan inevitablemente su destrucción (...). El uso de embriones o fetos humanos como objeto de experimentación constituye un delito en consideración a su dignidad como seres humanos, que tienen derecho al mismo respeto debido al niño ya nacido y a toda persona.

«La misma condena moral concierne también al procedimiento que utiliza los embriones y fetos humanos todavía vivos -a veces ‘producidos’ expresamente para ese fin mediante la fecundación in vitro- sea como ‘material biológico’ para ser utilizado, sea como abastecedores de órganos o tejidos para trasplantar en el tratamiento de algunas enfermedades. En verdad, la eliminación de criaturas humanas inocentes, aun

cuando beneficie a otras, constituye un acto absolutamente inaceptable» (63).

La eutanasia, falsa piedad

Algunos presentan la eutanasia como un acto de amor: ayudar a morir para evitar sufrimientos inútiles.

«Para un correcto juicio moral sobre la eutanasia, es necesario ante todo definirla con claridad. Por eutanasia en sentido verdadero y propio se debe entender una acción o una omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor (...).

«De ella debe distinguirse la decisión de renunciar al llamado ensañamiento terapéutico, o sea, ciertas intervenciones médicas ya no adecuadas a la situación real del enfermo (...). Ciertamente existe la obligación moral de curarse y hacerse curar, pero esta obligación se debe valorar según las situaciones concretas; es decir, hay que examinar si los medios terapéuticos disponibles son objetivamente proporcionados a las perspectivas de mejoría. La renuncia a medios extraordinarios o desproporcionados no equivale al suicidio o a la eutanasia; expresa más bien la aceptación de la condición humana ante la muerte (...).

«Hechas estas distinciones, de acuerdo con el

Magisterio de mis Predecesores, y en comunión con los Obispos de la Iglesia católica, confirmo que la eutanasia es una grave violación de la Ley de Dios, en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana» (65).

«La eutanasia, aunque no esté motivada por el rechazo egoísta de hacerse cargo de la existencia del que sufre, debe considerarse como una falsa piedad, más aún, como una preocupante ‘perversión’ de la misma. En efecto, la verdadera ‘compasión’ nos hace solidarios con el dolor de los demás, y no elimina a la persona cuyo sufrimiento no se puede soportar» (66).

**Una gran estrategia a favor de la vida
A pesar del panorama descrito, ¿el Papa
está esperanzado en la victoria de la
«cultura de la vida»?**

«No faltan signos que anticipan esa victoria en nuestras sociedades y culturas (...). Se daría, por tanto, una imagen unilateral, que podría inducir a un estéril desánimo, si junto con la denuncia de las amenazas contra la vida no se presentan los signos positivos (...).

«Desgraciadamente, estos signos positivos encuentran a menudo dificultad para manifestarse y ser reconocidos, tal vez también porque no encuentran una adecuada atención en los medios de comunicación social» (26).

«La defensa y la promoción de la vida no son monopolio de nadie, sino deber y responsabilidad de todos. El desafío que tenemos ante nosotros, a las puertas del tercer milenio, es arduo. Sólo la cooperación concorde de cuantos creen en el valor de la vida podrá evitar una derrota de la civilización de consecuencias imprevisibles» (91).

«Es urgente una movilización general de las conciencias y un común esfuerzo ético, para poner en práctica una gran estrategia en favor de la vida. Todos juntos debemos construir una nueva cultura de la vida» (95).

«El Evangelio de la vida no es exclusivamente para los creyentes: es para todos. El tema de la vida y de su defensa y promoción no es prerrogativa única de los cristianos» (101).  ALMUDI





No puedo dar testimonio de lo que no he visto

Bruno, el 26.02.20

Hace poco, un **lector de nombre arcangélico me hizo la siguiente pregunta**, que me pareció interesantísima:

“La realidad es que la gran mayoría de los cristianos/católicos creemos por fe, no por evidencia. Es decir, existirá algún Tomás que crea por haber visto signos milagrosos o eventos similares. Personalmente, **yo jamás he visto nada sobrenatural, mi creencia se basa exclusivamente en la fe. El problema es ¿cómo puedo yo dar testimonio de la verdad si no la he visto?** Claro que creo firmemente en ella, pero no soy testigo; luego, no puedo dar testimonio de la verdad. Puedo tratar de transmitir mi fe, pero no puedo dar testimonio de que esa fe es verdadera. En síntesis ¿no es deshonesto (exagerando un poco el término) decir que doy testimonio de la verdad cuando no he sido testigo de esa verdad? En cierto sentido, aquellos bienaventurados que creen sin haber visto, tienen la desventura de no poder dar testimonio de algo que, precisamente, no han visto.

“No sé si logro transmitir esta dicotomía. Tengo la esperanza de que en algunos

minutos puedas “rumiarla” un poco y decirme si ves algo. Creo que debe haber un error de planteamiento, es solo que no alcanzo a ver dónde está”.

Supongo que cada lector podrá dar su propia respuesta a esta pregunta, pero **aquí tienen lo que yo, torpemente, alcancé a responder:**

A mi juicio, se mezclan en tu pregunta varias cuestiones. Una cuestión es la forma en que tú particularmente llegaste a la fe. Entiendo que recibiste la fe de tus padres desde que eras pequeño, en cierto modo “sin darte cuenta”, de manera natural y sin grandes conversiones y acontecimientos extraordinarios del estilo de los que cuenta San Pablo. Acostumbrados a leer historias de conversiones dramáticas, esa manera de recibir la fe de tu familia podría parecer anodina y sin interés, pero no hay nada más lejos de la verdad. Lo cierto es que **nuestra época necesita desesperadamente testimonios de ese tipo: testimonios de cómo se transmite la fe en familia.**

A diferencia de lo sucedido en los dos últimos milenios, en nuestro tiempo **la cadena de transmisión de la fe de padres a hijos se ha roto**. La mayoría de los padres no pueden, no saben o no quieren transmitir la fe. Esto es una tragedia, porque, si bien lo que llama la atención son las historias de conversiones extraordinarias, lo más habitual siempre ha sido la transmisión de la fe en el seno de las familias, que Dios creó precisamente para eso. Es bueno y necesario que, a la vez que el niño aprende a distinguir el bien y el mal, a comportarse en sociedad y a utilizar su inteligencia, aprenda también a amar a Dios y a seguir a Cristo. Los padres que enseñan las primeras palabras a sus hijos están llamados también a enseñarles las primeras oraciones y la misma familia fundada sobre el sacramento del matrimonio es una verdadera iglesita, una iglesia doméstica, que permite que los hijos comprendan lo que es la Iglesia santa y esposa de Cristo.

Tú puedes (y debes) dar testimonio de todo eso, basándote en tu propia experiencia. **Yo recuerdo, por ejemplo**, cómo mi abuela y mis tías nos introducían en la virtud de la piedad del modo más sencillo posible: enseñándonos a besar las imágenes que había en casa o a recoger flores en el campo para ponérselas a la Virgen. También recuerdo cómo rezábamos el rosario en familia en las cálidas noches de verano o cómo nunca a nadie se le ocurría plantearse siquiera no ir a Misa un domingo, porque todos sabían que eso era lo verdaderamente importante. Recuerdo, entre miles de cosas más, las bendiciones de la mesa, las oraciones al irse a la cama, el rechazo de películas indecentes en la televisión, la costumbre de hablar bien de las personas, el no comer carne los viernes de cuaresma, el respeto al referirse a un sacerdote, la generosidad con los necesitados, las visitas al Santísimo al pasar a una iglesia, aunque fuera como turistas, la fidelidad, la caballerosidad

y el convencimiento sereno y sencillo de que Dios es siempre lo primero. Pienso en las vidas de santos para niños que me daban a leer y el recuerdo imborrable de San Tarsicio, Santa Inés o San Francisco Javier, los villancicos llenos de fe, los poemas religiosos aprendidos. ¿Cómo olvidar las historias familiares sobre sacerdotes escondidos y defendidos durante la guerra civil o sobre antepasados carlistas que lucharon por Dios (el primero) y por la patria y el rey? Tantos libros buenos en mi casa y en las casas de mi familia, tantos buenos ejemplos y la conciencia de que, como el hijo pródigo, se puede obtener el perdón después de obrar mal.

Todo eso, sin que uno se dé cuenta, exhala el buen olor de Cristo, que ya no se puede olvidar. Puede que uno, usando mal su libertad, se aleje después de Dios, pero el recuerdo queda y siempre se tiene la posibilidad de volver a esa fe, porque, como los rescoldos de un fuego apagado, a menudo solo se necesita que el dolor remueva un poco el alma para recibir el soplo del Espíritu Santo que aviva la llama aparentemente extinguida.

Sin duda **tú podrás contar tus propias experiencias de cómo has recibido la fe, que serán similares, pero, a la vez, distintas y propias de tu familia.** Esas experiencias harán mucho bien a otros matrimonios que no saben cómo transmitir su fe o que incluso se han creído ese engaño absurdo de que a los niños no hay que educarlos en la fe, para que “ellos decidan”, como si esa misma idea no fuera ya una catequesis de que Dios, en realidad, es algo accesorio (a diferencia de ir al colegio o al médico, que son cosas necesarias y en las que no se deja “decidir” al niño).

Dices también en tu pregunta que no has visto nada sobrenatural, pero eso no es cierto. **Tu vida está rodeada de lo sobrenatural y**

de milagros de Dios. Cada vez que rezas, no solo conversas con el Creador del universo (¿qué puede haber más sobrenatural que eso?), sino que además Dios ha tenido que hacer previamente un milagro en ti, porque, como dice la Escritura, nadie puede decir que Jesús es Señor si no es por obra del Espíritu Santo.

No sé si estás casado, pero, si lo estás, deberías dar testimonio de eso (o del **matrimonio de tus padres, tus abuelos o tus hermanos**), **porque el matrimonio sacramental es un milagro que no existe en el mundo ni en ninguna religión.** El matrimonio católico es indisoluble porque el mismo Dios se ha comprometido en él, por una alianza con los esposos. En el sacramento, Dios ha forjado un matrimonio que no se puede romper más que con la muerte, algo que está más allá de las fuerzas humanas. Además, se ha comprometido a dar la gracia necesaria para que los esposos puedan amarse y dar la vida el uno por el otro hasta que la muerte los separe, incluso aunque el otro cambie, sea infiel, o llegue a odiarle o a pegarle. Esto es un milagro de Dios, porque es una participación en el amor de Cristo por la Iglesia, que es indestructible.

¿Conoces a monjas de clausura? Su vida es un milagro constante, porque han abandonado todo lo que, a los ojos del mundo, da la felicidad: el dinero y lo que el dinero puede comprar, la sexualidad y la vida de familia e incluso la propia libertad de decidir lo que vas a hacer. Humanamente, la pobreza, la castidad perfecta y la obediencia son maldiciones de las que hay que huir siempre y, sin embargo, ellas viven felices, mucho más contentas y alegres que los demás. Eso solo tiene sentido por un milagro, porque hay Alguien que las hace felices.

Lo mismo podríamos decir de mil presencias más de Dios a tu alrededor de las que puedes dar



testimonio. ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios? Tú has recibido muchas veces el sacramento de la confesión y puedes hablar de ello. Como los Israelitas, que nunca se cansaban de contarlo, Dios te ha sacado de Egipto y te ha liberado de la esclavitud del Faraón. **¿Acaso no ha teñido tus labios la Sangre de Cristo y no te has saciado de su Cuerpo?** Ese milagro es infinitamente mayor que el del maná en el desierto. ¿No tienes una Madre en el cielo concebida sin pecado original? ¿No posees un arma mucho más poderosa que las bombas nucleares que es la oración? ¿No has encontrado la santidad,

la catolicidad, la unidad y la apostolicidad de la Iglesia en gente pecadora, tontorrón y a menudo molesta? ¿No te ha sacado o protegido Dios de infinidad de pecados que, sin Él, te dominarían y esclavizarían? ¿No has notado nunca en ti la fe, la caridad y la esperanza, que son virtudes teologales que solo puede regalar Dios y, por lo tanto, milagros? Tu vida está cuajada de milagros, en comparación con los cuales resucitar a un muerto o dar la vista a un ciego son meras minucias. **¡Claro que “has visto”!**

A eso se une que en ningún sitio está escrito que solo puedas hablar de tu experiencia. Muchas veces, alguien te pide un consejo sobre un tema que no conoces bien y tú le cuentas lo que te ha explicado sobre ello tu hermano el médico, lo que hizo el fontanero cuando vino a tu casa o lo que le sucedió a un amigo tuyo. Pues bien, **tienes a tu disposición las inmensas riquezas de vida y de verdad de la Iglesia, para que las aproveches.** Cuenta anécdotas de los santos o regala libros sobre sus vidas. Estudia tu fe en el catecismo o en las obras de los padres y doctores de la iglesia, para que puedas explicarla y disipar los malentendidos sobre ella. Reza con la Escritura y aprende sobre ella. Lee buenos libros y buenas páginas de Internet y recomiéndaselos a todo el mundo, pon a la gente en contacto con un buen cura, vela por que tus hijos o tus sobrinos tengan cerca a buena gente cristiana.

Y, sobre todo, ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Ama a la Iglesia, que te ha dado a luz, y a Nuestra Señora, que el mismo Cristo te dio como madre. Habla de Dios, de la Iglesia, de la Virgen y de los santos y no habrá mejor testimonio que ese, porque lo que evangeliza es el amor, la fe y la esperanza que ponemos en lo que contamos. **La fe, la esperanza y la caridad se transmiten por contagio,** como dichosas y bienaventuradas

enfermedades que nos enamoran de Cristo. **Todos podemos evangelizar, porque la evangelización no consiste en hablar de nosotros, sino de Dios.** Incluso cuando alguien cuenta una experiencia propia, lo que está haciendo es proclamar algo que ha hecho Dios.

Recuerda, simplemente, lo que ya mandó Dios a los israelitas: *Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es un solo Dios. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado.* No importa tu torpeza o cuál haya sido tu historia, **si hablas de Dios con fe estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado, Él se encargará de lo demás.** Y, con su gracia, los hombres escucharán tus palabras, se sentirán atraídos y podrán creer, al ver a Dios en ti, porque de lo que rebosa el corazón habla la boca.

El mero hecho de verte queriendo evangelizar y frustrado porque pensabas que no podías hacerlo, a mí me ha evangelizado, me ha recordado lo verdaderamente importante y **ha sido para mí un testimonio de fe.** Así que gracias y mucho ánimo. ☒

infoCatólica



El budismo es ateo

Padre Federico Highton, S.E., misionero en el Himalaya

El budismo tibetano lo niega todo, esto es, niega a Dios, niega la realidad y niega al prójimo. Esta triple negación es una negación universal.

El budismo tibetano niega a Dios, esto es, es metafísicamente ateo. Ahora bien, si el budismo es ateo, ¿qué es? ¿Una religión? ¿Una filosofía? ¿Una ciencia? La respuesta es compleja. Veamos.

El budismo no puede ser considerado una religión (ya que es ateo), pero, ¿puede ser clasificado como una filosofía? Creemos que no ya que filosofía es el «amor (o filia) a la sabiduría», pero para el budismo, toda filia (o amor o deseo) debe ser extirpado. Hay otro motivo más para negar el carácter filosófico del budismo: todo filósofo aspira a la verdad (la verdad es la conformidad de la inteligencia con la realidad), pero para el budismo no hay ni inteligencia ni realidad (ya que nada es), por ende el budismo no es una filosofía.



Si bien no es una religión ni una filosofía, algunos pretenden que el budismo es un sistema básicamente científico. No es así. El budismo tibetano no tiene nada de científico pues contiene absurda mitología y terroríficas supersticiones.

Alguno, teniendo en cuenta el yoga, pretenderá que el budismo es una gimnasia, más allá de que como gimnasia, deja mucho que desear y es largamente superada por la gimnástica occidental. De todos modos, no es una gimnasia ya que el sentido de la actividad física yóguica es alcanzar una supuesta iluminación interior, ajena a todo quehacer deportivo.

Y, entonces, ¿qué es el budismo? Es una concepción metafísica atea y desviada mezclada con idolatría, magia negra, satanismo, ejercicios físicos, supersticiones y mitologías. En suma, es un pozo de perdición y confusión.

El budismo ignora a Dios y lo sustituye por Buda, que acaba ocupando el lugar del Altísimo. Buda, queriéndolo o no, cae en la tentación adámica del «seréis como dioses» (Gen III, 5), esto es, en el budismo, se configura una operación de reemplazo de Dios por Buda.

1.- Historicidad del Buda

Digan lo que digan las mitologías budistas –que son difícilmente parangonables en materia de divagación y uso inmoderado de la fantasía-, no hay ninguna fuente cierta que demuestre quién fue Buda o que indique el lugar y la época de su nacimiento. Hay cuentos fantásticos, una historia estándar –sin sustento probatorio- y algunas teorías serias divergentes entre sí que rechazan la historiografía dominante.

Los cuentos fantásticos, que son incuestionables para el común de los budistas himaláyicos, relatan que Buda nació de un loto (¿?).

Según la historiografía estándar (que hasta finales del siglo XX, no fue revisada ni cuestionada), Buda fue un príncipe hindú, nacido en el siglo VI a. C. en lo que hoy es Nepal, que dejó su palacio para dedicarse a la meditación en busca de la iluminación, dejando un grupo de discípulos, quienes, luego de un tiempo, se dividieron en muchas escuelas y fueron poniendo por escrito las enseñanzas del maestro, produciendo así muchas versiones distintas del «canon» budista, esto es, de las palabras de Buda. Esas escuelas, según el discurso dominante, se dividieron fundamentalmente en dos grupos, que, según la nomenclatura más difundida, se llaman «pequeño vehículo» y «gran vehículo». El budismo tibetano es clasificado dentro del segundo grupo, mientras que el budismo meridional (ubicado en Laos, Tailandia, ...) pertenece al primer grupo.

Hacia fines del siglo XX, surgió un lúcido movimiento de historiadores franceses, nucleados en torno de la asociación EEChO, liderada por Pierre Perrier, que pusieron serios interrogantes cuestionando el relato estándar sobre la historia de Buda. Estos investigadores, caracterizados por una gran seriedad científica, articularon diversas teorías que, ciertamente, son mucho más verosímiles que la historiografía dominante. Las novedosas explicaciones de estos historiadores galos polemizan fuertemente contra la periodización hegemónica, afirmando que Buda nació poco antes de nuestro señor Jesucristo o, incluso, después de nuestro divino Salvador. Debemos a EEChO el haber



descubierto que la periodización estándar que ubica a Buda en el siglo VI antes de Cristo fue postulada recién en el siglo XIX por escritores masones que querían restarle crédito al Cristianismo presentando un sabio religioso mucho más antiguo que nuestro Señor.

Una de las teorías postuladas es que Buda habría sido, en realidad, Manes, el fundador de la herejía maniquea, a la cual adhirió San Agustín antes de su conversión.

Como conclusión de este párrafo, basta señalar que la historia real de Buda es todo menos clara. Lo máximo que podemos postular son hipótesis o teorías más o menos verosímiles.

2.- Divinización del Buda

Sin perjuicio de las enormes lagunas históricas sobre la vida de Buda, el budismo tibetano se encargó de divinizarlo, esto es, de reconocerle un carácter divino a Buda, ubicándolo por encima de todos los demás seres. Es más, los relatos budistas señalan que Buda es incluso superior a todo el panteón de los dioses. Algunos se preguntaran cómo es posible que Buda sea superior a los dioses si el budismo es ateo. La respuesta es que, si bien el budismo es ateo, el budismo tibetano cree en una multitud incontable de dioses, aunque ninguno de estos es considerado el Creador. Estos dioses, en la cosmovisión budista, son dioses transitorios, esto es, dioses por un tiempo.

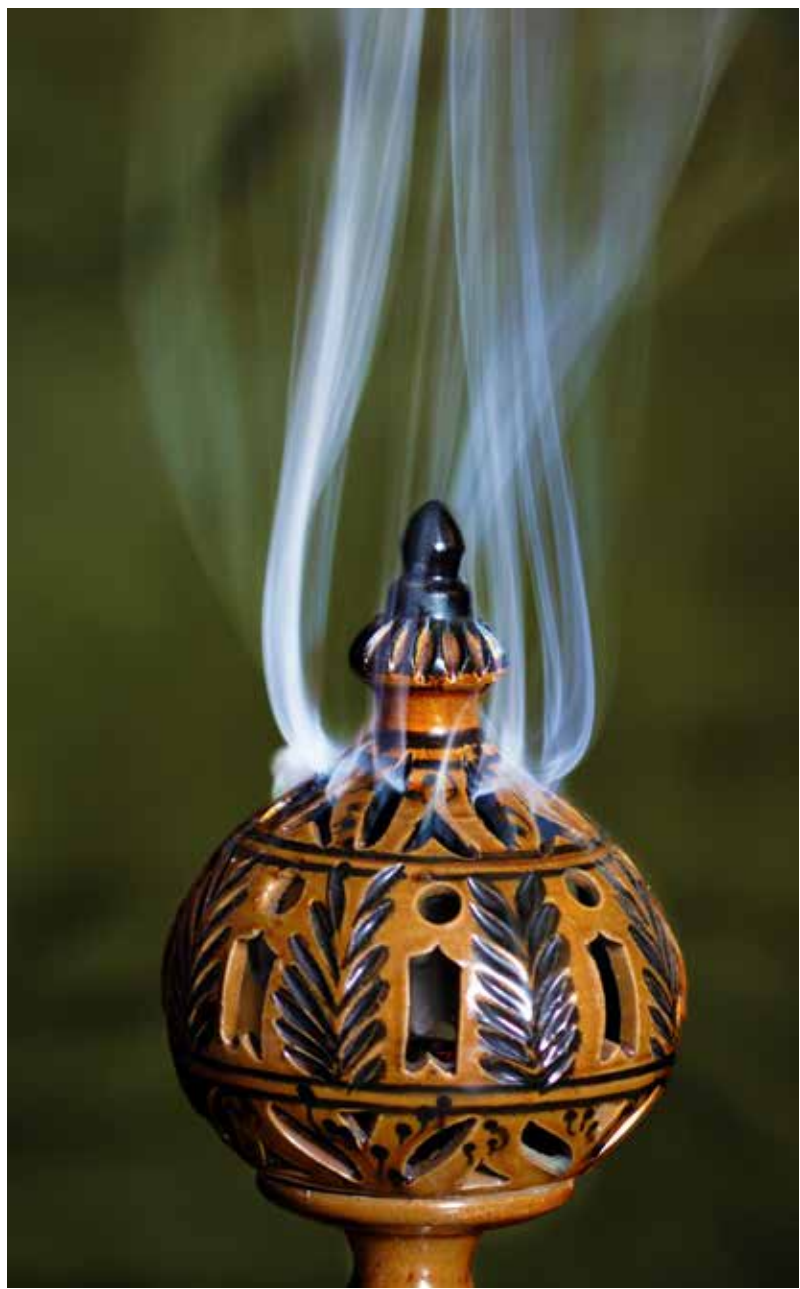
Buda, entonces, no sólo es divinizado sino que es tenido, si cabe la expresión, como un ser supra-divino.

3.- La ominosa omisión del Budismo

El budismo no niega directamente a Dios, sino que lo niega implícitamente puesto que postula una cosmovisión en la que nada existe. En la literatura budista es raro encontrar alguna referencia en la que se diga que Dios no existe, si bien hemos encontrado alguna mención en

este sentido. Los libros budistas simplemente ignoran a Dios, no hablan de Él, discurren como si Dios no existiera, pero no emplean una retórica destinada a demostrar su no-existencia. Por eso, en el discurso budista, Dios es omitido. Esta es la ominosa omisión del budismo.

Para el budismo, Dios no existe y, por ende, nada existe. En este sentido, el budismo es mucho más coherente que el ateísmo moderno, para el cual el universo existe, pero no hay Dios. Es mucho más coherente pensar que «como no hay Creador, no hay creación» que creer, como absurdamente cree el ateísmo moderno, que «no hay Creador, pero hay un universo». ☒





El admirable valor de la constancia

Raúl Espinoza

Durante muchos años fui profesor de un instituto de enseñanza media en el municipio de Ixtapaluca, Estado de México. Me admiraba que muchos colegas profesores tomaran el turno matutino y el vespertino, dando clases, en otra escuela porque requerían de obtener más medios económicos. Suponía un esfuerzo extra, pero lo hacían con perseverancia.

Recuerdo a un maestro en particular que deseaba ser licenciado por la Universidad Pedagógica Nacional. Pero para ello, viviendo en Tlalmanalco –población cercana al Popocatepetl– era necesario que saliera de su casa a las 4:00 a.m. y tomar los medios colectivos de transporte hasta llegar hasta la universidad ubicada a espaldas de TV Azteca.

Posteriormente se trasladaba a esta escuela de Ixtapaluca atendiendo a sus alumnos hasta las 2:00 p.m. Luego daba algunas clases por la

tarde y finalmente volvía a tomar su camino rumbo a la Pedagógica. Me comentaba que regresaba a su domicilio entre 10:30 y 11:00 p.m. Y a esa hora se tenía que poner a estudiar y sacar adelante tareas de la licenciatura o corregir exámenes de sus alumnos.

Un día abiertamente le pregunté:

–¿Y este intenso ritmo de trabajo no te cansa?

–¡Por supuesto! –me respondió.

Y añadió:

–Pero me quiero superar como profesor. He terminado mis estudios en la Normal, ahora estoy en la licenciatura y, al terminarla, me hace mucha ilusión realizar mis estudios de maestría.

–¿Y no te da sueño durante el día?

–¡Mucho! Así que aprovecho los largos trayectos en transporte para “cabecear” un poco y recuperarme. Además, ya me ido acostumbrando.

Y después me hizo otra consideración que me ayudó a reflexionar bastante y en la que mostraba su valía humana: –Lo que vale la pena en esta vida se saca adelante con constancia, esfuerzo y tenacidad. ¡Nada nos viene regalado!

Otro caso edificante que recuerdo es el Don Rafa, conserje de una librería y casa editorial en la que me han publicado varios libros.

Don Rafa tiene 65 años, vive en un pueblo cercano a Otumba, Estado de México, pasando las Pirámides de Teotihuacán. A diario se traslada desde este poblado hasta el sur de la Ciudad de México. También se levanta alrededor de las 4:00 a.m. y debe llegar a la librería poco antes de las 7:00 a.m. para realizar una limpieza a fondo del inmueble, de manera, que cuando vaya llegando el personal que allí labora todo esté limpio, ventilado y presentable. Durante el resto del día, desde esta casa editorial, Don Rafa hace labores de mensajería y muchos otros menesteres. Es el último en salir de la librería ya que debe de cerrar bajo llave todas las puertas. Toma el camino de retorno a su pueblo y regresa a su domicilio al filo de las 11:00 de la noche.

Lo que más me llama la atención de esta persona es su alegría, su permanente sonrisa, su laboriosidad y espíritu de servicio.

Así que, también, en cierta ocasión le pregunté a Don Rafa:

–Me llama la atención que siempre esté de buen humor. ¿No llega el momento en que usted se cansa?

–Pues sí, pero “hay que darle duro a la chamba” –me respondió. Además, el trabajar cada día

con ilusión es el sentido de mi vida.

Luego le volví a preguntar:

–Y al llegar tan tarde a su casa, no hay un momento en que le pasa por la cabeza decirles a sus familiares: “Lo siento, pero hoy vengo muy cansado y me voy a dormir”.

Me respondió con firmeza:

–Eso jamás lo haría porque sé que mi esposa, mis hijos y mis nietos me esperan con mucho cariño y no puedo fallarles.

Y nos quedamos platicando muy “sabroso” hasta ya tarde.

Esto que relato, no se trata de casos aislados, sino que millones y millones de mujeres y hombres en nuestro país realizan estos sacrificios y a base de constancia y empeño destacan en sus estudios y trabajos.

Comentando este admirable hecho cotidiano con un buen amigo, coincidíamos en señalar que se trata de “héroes anónimos”, de esos que habitualmente no aparecen en los medios de comunicación –no son “noticia”, como se suele decir– pero son los que sacan adelante a sus hogares, sus trabajos y contribuyen eficazmente al progreso de nuestra patria. ☐

